

Mann— para su edición original, y otro de Sebastian Auger para la edición española. La exégesis que hace Suger de la figura de Brandt —con quien conversó largamente en Bonn— y de sus textos para indicar, efectivamente, que las figuras de la «derecha civilizada» son proclives a la forma de revisionismo socialista, no marxista, que creen encontrar en Willy Brandt, sobre todo, como salida futura para las contradicciones actuales de la sociedad. ■ J. A.

Palmira en su viñeta: perpleja

Palmira es una mujer, cosa que en algunas sociedades —e ideologías— no está bien visto, y que en otras es causa de algunos macaneos —y también privilegios— en función de su especificidad histórica, sometida a aquel otro ser (la otredad en la que ha de hallar significado con su mismidad óptica) con el que su «rol» cosmobiológico alcanza su plena y decisiva realización. (Hay ensayos sobre el asunto que son aún más pétreos, hasta alcanzar el punto de capacidad propio del pergamino de oveja.)

De manera que Palmi-

ra, que nació y maduró en estas páginas, está condenada a vivir y desenvolverse en un mundo que la admira bajo la única condición de que ajuste su persona al patrón que (el mundo) está dispuesto a soportar y a patrocinar. El asunto no es tan fácil, ni tan difícil. El problema es que no hay manera de saber de qué va la cosa.

Arrinconada en su pasividad, progresivamente acomplejada y en un estado de confusión lógico (que no otra cosa se pretende perpetrar sobre ella), Palmira ha de asistir a las sucesivas manifestaciones de un universo caótico e intemperante, ante cuya neurosis general, las únicas soluciones que se la ofrecen no son sino marejadillas de pasiones vanas, cuando no insidiosas. Palmira se ve así reducida a la condición de un ojo, una oreja, un epitelio, un ser acongojado y perplejo, cuya actitud más noble —y definitiva— será la de no abrir la boca por más que el suelo se estrechezca ante el cúmulo de necesidades que el destino depara.

Y el suelo, efectivamente, tiembla. Pero ese temblor sólo es percibido por Palmira, condenada a la mudéz estentórea en una historia protagonizada por enanos.

Manolo V y Nuria Pompeia han elaborado,

a través de su personaje Palmira, un catálogo de necesidades para estar por casa y una galería de arquetipos que se corresponde perfectamente con una realidad estropajosa e inane casi de una manera obscena. Pues en el mundo que rodea a Palmira todo es inane, desde el orador que otea posiciones para su demagogia y su bolsillo hasta el progre con la cabeza alicatada de panaceas historicistas y contradicciones desdobladas. Lo único vivo, lo único verdaderamente estremecido y vital que rasga ese universo ala de mosca, es ese grito final del personaje, ese alarido de negación y de triunfo, de esperanto y de alegato repintado en las paredes. ■ CHAMORRO.

Premios Femina y Medicis

El fallo de los Jueces del Femina y del Medicis clausuró la temporada de premios literarios, tan criticados pero tan provechosos, tanto para la industria del libro como para los escritores galardonados. Finalmente, todos se prestan a este juego, incluso el ultra-izquierdista, explosivo e «inintegrable» Maurice Clavel, que ha hecho todo para obtener uno de los premios y se salió al cabo con el Medicis. Claro que, según dicen, su acción política no tiene nada que ver con su carrera literaria, y ambas pueden discurrir paralelamente.

Polemista brillante y temible, ardiente defensor de su causa y profeta vehemente, Clavel tuvo una nueva revelación de la verdad con la revolución de mayo del 68, y propaga desde entonces las ideas izquierdistas con el mismo ardor que las gaullistas o cristiano-centro. Después de abandonar el gaullismo, realizó una síntesis entre el dogma católico y el radical-iz-

quierdismo que le llevó a la elaboración de una mística anunciadora de la transformación profunda de la Humanidad.

Integrista a su manera, Clavel cree en Dios y en el diablo, y no cae en la trampa que, según Bernanos, nos tiende el Maligno: hacernos creer que Dios no existe. Para Clavel, al contrario, el diablo está reinando en un mundo cada vez más mecanizado y abocado a la estabilidad y al consumo.

En el prefacio de la novela premiada con el Medicis, titulada «El tercio de las estrellas», Clavel escribe que, privados de alma y de corazón, Dios puede alcanzarnos únicamente a través de los sentidos, del cuerpo. El sexo será, pues, elemento central de este relato lírico y desmesurado, como su autor.

La obra tiene, sin embargo, unos ingredientes muy realistas y trillados en las letras francesas, teatro y novela: la amistad entre dos hombres y la traición de uno de ellos con la mujer del otro. Clavel pasa al lado de escenas ramplonas y boudeviescas —juego de sábanas con maridos que entran y se cruzan, perversidad mundana—, agobiado por la utilización de un lenguaje voluntariamente grosero y soez, destinado a rendir más detestable el «pecado». Marc, el héroe pintor y arribista, provocará el suicidio de una mujer, y él no podrá redimirse sin una degradación total, terminando sus días en un convento.

Roger Grenier obtiene el Premio Femina con su obra «Foto-novelas». Es la historia de los años 30 vista por los ojos ingenuos de un adolescente. Los padres de François Laurent poseen una sala de cine miserable, con bancos de madera y paredes mugrientas. Durante todo el día el niño espera con ansiedad la sesión de la noche. El mundo irreal del cine será su verdadera existencia, emocionándose

ante la visión fugitiva de un muslo de Joan Crawford e inquietándose con el aumento del paro obrero y la ascensión del fascismo. Roger Grenier nació en Caen en 1919. Fue un resistente activo durante la ocupación nazi al lado de Albert Camus, con el que colaboró después en el periódico «Combat». ■ R. CH.

Galicia: los «hijos» alimentan a la «madre»

En este viaje fugaz que Xosé Neira Vilas ha hecho por su originaria tierra gallega, después de veintitrés años de ausencia (y del que ya habló Alonso Montero en estas mismas páginas, hace unas semanas), hemos tenido ocasión de hablar con él a propósito de la labor que este emigrante ilustre desarrolla en Cuba, país donde realiza su vida desde 1961, en que se incorporó a la entusiasta tarea de la promoción cultural de todo un pueblo, puesta en marcha por el sistema revolucionario. Allí, Xosé Neira Vilas creó, y sigue atendiendo desde 1969, una Sección Gallega dentro del Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba. La actividad que se realiza en ella nos la explica él mismo:

—En la Sección Gallega tratamos de recoger, por una parte, la aportación cultural de la emigración gallega en Cuba sirviéndonos de aportaciones muy diversas: libros publicados en Cuba, instituciones gallegas nacidas allí (como la Real Academia Gallega, que fue creada allí), etcétera, y, por otra parte, divulgar los valores de la cultura gallega actual, mediante exposiciones bibliográficas y de artes plásticas, conferencias, cursillos sobre Lengua y Literatura Gallega, etcétera. Estamos creando,

además, una biblioteca gallega, donde se reunirán diferentes bibliotecas que pertenecieron a emigrantes fallecidos así como a instituciones gallegas que se extinguieron. También una hemeroteca: en Cuba se publicaron a lo largo de setenta años hasta cuarenta y cinco periódicos y revistas gallegos; estamos elaborando un índice de esas publicaciones. Otros trabajos que estamos realizando son de investigación lingüística sobre palabras o voces gallegas que aparecen en el lenguaje cubano en diversas zonas de la isla.

Ante la precaria situación cultural de la «tierra madre», la labor que llevan a cabo los «hijos» de la emigración (ese foco cultural galaico de Buenos Aires, esta entrañable atención del país cubano...) se convierte en fundamental para el futuro de esta cultura. Con «gran interés», me dice Neira, se sigue desde la emigración lo que se hace en Galicia. Neira Vilas se ha traído desde Cuba dos dibujos de Castelao, de los que pintó en la isla del Caribe en 1939, ya muy cercano a la ceguera, y que pertenecen a su serie de negros. En nombre de la Academia de Ciencias de Cuba, los ha donado al Museo Carlos Maside, un centro cultural instalado en Sada alrededor de la industria artesana de las cerámicas del Castro. También se ha traído libros y documentos para la Real Academia Gallega, que ahora tiene su sede en La Coruña. Y, sobre todo, ha vivido durante más de un mes, junto a sus paisanos. Cuando le pregunto cómo escribiría hoy sus «Memorias dun neno labrego» si tuviera que volver a hacerlo, me contesta que «esencialmente, escribiría lo mismo; algunas cosas las habría escrito de otro modo, con algunos matices, después de once años, pero en lo esencial, las «Memorias» serían lo mismo». ■ JOSE A. GACINO.

Nuria Pompela.

